

Antes de partir para Polonia, por encargo del admirable Jaime Solá y para comentarla en VIDA GALLEGA celebré una larga entrevista con Sofía Casanova. ¿La conocéis personalmente? ¿No? Pues allá va su retrato, muy á la ligera, porque no se puede hacer de otro modo.

No es alta, pero es esbelta; su elegancia natural y sus líneas no pronunciatas, danla un aspecto de niña, nimbada su cabeza por rubia cabellera, en la que las canas apenas entran como temerosas de profanarla.

Sofía Casanova no es bella; es encantadora y sugestiva, pues aún la opacidad de sus ojos miopes, *accrazados* siempre con los «impertinentes» de gruesos cristales, irradiando juventud, alegría, emoción intensa, y juntamente con estas irradiaciones, hay en los ojos de Sofía Casanova miradas de investigación profunda, de psicología. Sofía en sus ojos enseña su alma y con ellos se apodera de los misterios del alma de quien con ella conversa. Al fin mujer, Sofía tiene una coquetería, la de sus manos pequeñas, blancas, expresivas y aristocráticas. Es un defecto perdonable.

¿Su retrato moral? Es más difícil éste, que el otro retrato, y solo puede hacerse en una sola frase. Sofía es la bondad suprema.

En sus relaciones con su familia, con sus amigos, con los desconocidos, es amante, cariñosa, buena, y si tiene un consuelo para el dolorido, tiene también la limosna constantemente para el pordiosero.

Hace más de veinte años, muy joven aún, casó Sofía con un sabio polaco, que fué á ella presentado por el asombroso



Los domingos en Madrid.

poeta D. Ramón de Campoamor. Viajaron los esposos por Europa, y luego se instalaron en Dorpat, (provincias bálticas) más tarde en Moscou y luego en Kazan (tartaria rusa). Sofía Casanova siguió á su esposo por las distintas poblaciones en que desempeñaba su cátedra. Sus tareas de mujer de casa, de esposa y madre; sus nostalgias de la patria distante, no la apartaron de la literatura, su vocación, y por entonces escribió una de las novelas más hermosas que se publicaron en el pasado siglo: *El Doctor Wolski*. Su narración *Sobre el Volga helado*, como la novela citada, fueron la consagración literaria de aquella muchachita de la que las gentes de por aquí decían «que valía mucho», cuando publicó su primer tomo de poesías. Después la «Biblioteca Gallega» publicó otro libro también de versos, y el nombre de la insigne escritora gallega fué ensanchándose por América y Europa, pues en Italia, Francia y Alemania, sus libros y poesías han sido traducidos con grandes elogios.

El pasado año, después de haber dado á conocer, traducido del polaco, *Bartek el Vencedor* de Sienkiewicz, tradujo también de este autor universal el pasmoso *¿Quo Vadis?* Mas no fueron bastante á la juvenil energía literaria de Sofía Casanova estos trabajos, y dió á la luz su narración española *Lo Eterno*, y una traducción de la interesantísima y vibrante novela de la Sra. Kowalewsk, *Una nihilista*.

Aún palpitan en este Madrid—en que las reputaciones se hacen muy pronto para los despreocupados y desahogados y muy tarde para los modestos y humildes—los entusiasmos que despertaron en el Ateneo los versos de Sofía Casanova, en una lectura que dió, y los brindis que en su honor pronunciaron altas personalidades de la literatura y de la política en el banquete de despedida que le ofrecieron sus admiradores pocos días antes de marchar á Polonia.

Con sus hijas, humanas y con su marido, santo, vive Sofía en Varsovia, la capital de la Polonia rusa, sufriendo todos los atentados á vidas y haciendas de la política zarista, y lo que es peor aún, soportando quizás por una altruista idea del



Un rincón de su cuartito *España*.

deber, un cielo siempre sin sol y una tierra ingrata, siempre cubierta de nieve y fango.

En Polonia, Sofía Casanova padece de constante *morriña*. Y tan es así, que en su casa grande, espaciosa, ha reservado un cuartito, santuario de sus recuerdos, y en él se ven fotografías, abanicos, un pañolón de Manila, castañuelas, panderetas... ¡qué sé yo!, cuartito en el que recibe á sus íntimos y que se llama *España*.

Para los grandes dolores la vida tiene pequeñas compensaciones. Sofía Casanova necesita para su salud moral y física los aires de su tierra, el contacto espiritual con los suyos, y desde hace tres años, viene á Madrid dos ó tres meses. Vive aquí con su madre—una viejecita muy viva y venerable—y con uno de sus hermanos, en una casa modesta con mucho sol y con muchos libros. Sofía en aquel hogar es la alegría que pasa.

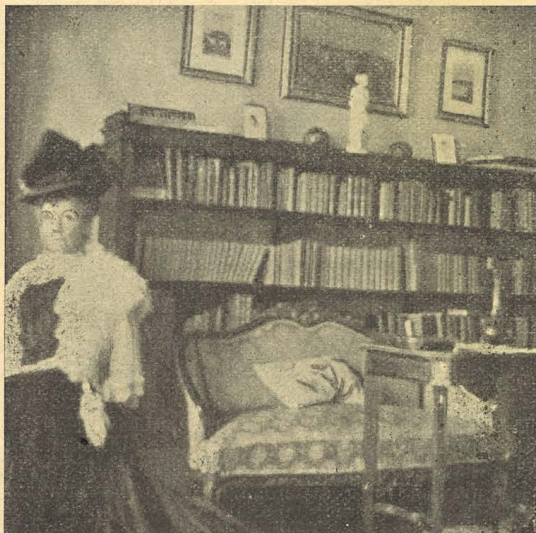
Desde el ministro de la Corona hasta el obrero, por que amigos de todas las clases sociales tiene la gallega ilustre, van á verla, y para todos hay en Sofía amor y agradecimiento.

Sofía es católica, muy católica. Los domingos y fiestas de guardar, allá va á la iglesia en que se casó, con su mantillita española y con su devocionario, el primero que la regalaron siendo niña.

Aquí, como en Polonia, su actividad cerebral es prodigiosa. No pasará mucho tiempo sin publicar un nuevo libro de poesías en las que se verá que es la única poeta de nuestros días, y pronto también dará á la publicación *El libro del dolor y de la fortaleza*. En él se verán juntamente una gran mentalidad y un sensitismo de alma de poeta.

Aún á trueque de parecer demasiado psicólogo á la mujer y poco cronista á la escritora, diré que creo haber sorprendido un secreto muy recóndito de Sofía Casanova, y es que, cuando lleguen naturales consecuencias en la vida de sus hijas, ella, la madre, será como las golondrinas que buscan de un año para otro el nido que hicieron, y aquí, en su patria querida y deseada, volverá ocupar el nido de su niñez, esperando, en los años, que la tierra suya, *que su tierra*, sea la que la cubra en la muerte.

JESUS DEL VALLE.



En su biblioteca de Varsovia.